

Café, Tostado y Colado

Iván Medina Castro

Ilustraciones: byhalia



¡Café, tostado y colado!

¡Café, tostado y colado!

Pronto abuela de mi vida,
camina que sentado
desespero...



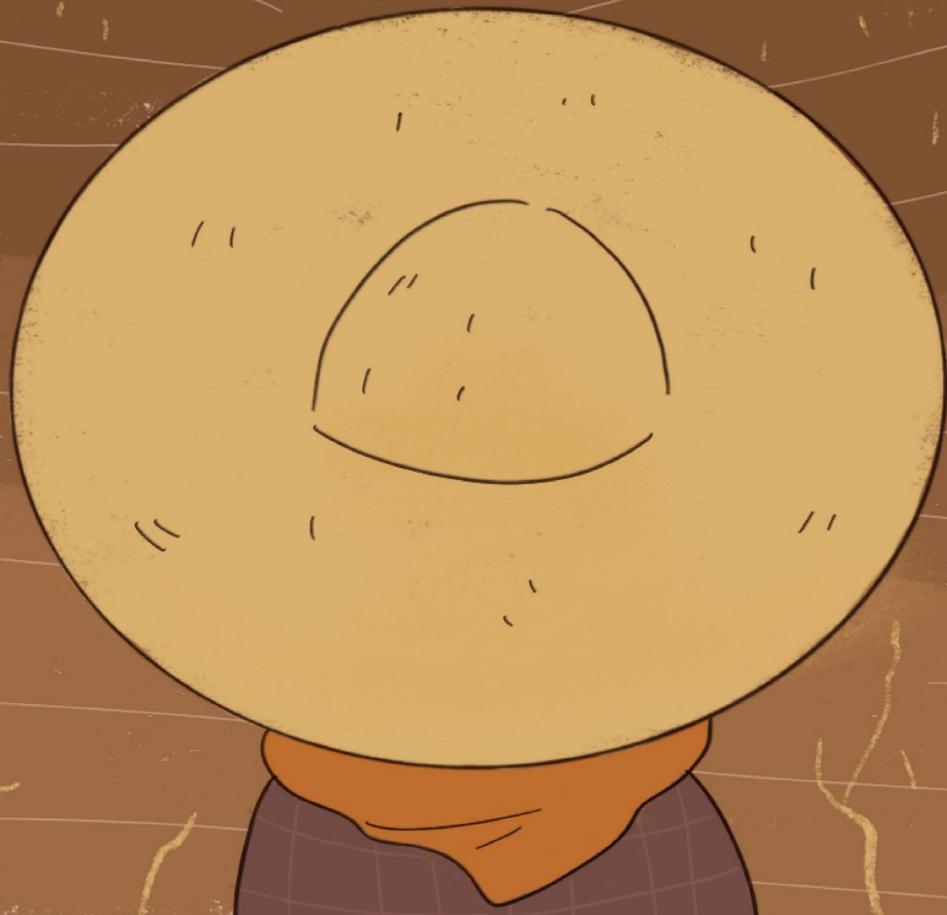
Vamos, cuéntame
esas historias que tú
sabes sobre el café,
tostado y colado.



Mira Juan Valdez, no
hace mucho tiempo, la
piel del café era más
amarilla que la guayaba,
y el grano, era igual de
dulce como la miel,

pero la maldad del
hombre hizo que el
hollejo y el sabor del
fruto cambiaran a modo
de recordatorio.

Durante una época triste, la feroz sequía
asoló las fincas. No había cosecha, no
existía el fruto en los cafetales.



Los viejos observaban con melancolía a los cafeteros lamentarse ante los elementos que a pregón del vallenato rogaban repitiendo el estribillo:

**lluvia, lluvia de tu cielo,
cae pues sin ti me muero.**



Los viejos ante la esterilidad
alzaban las manos hacia el
firmamento y decían:

**Debe de ser que cantan
bajo y Nuestra Señora de
Belén no puede escucharlos.**

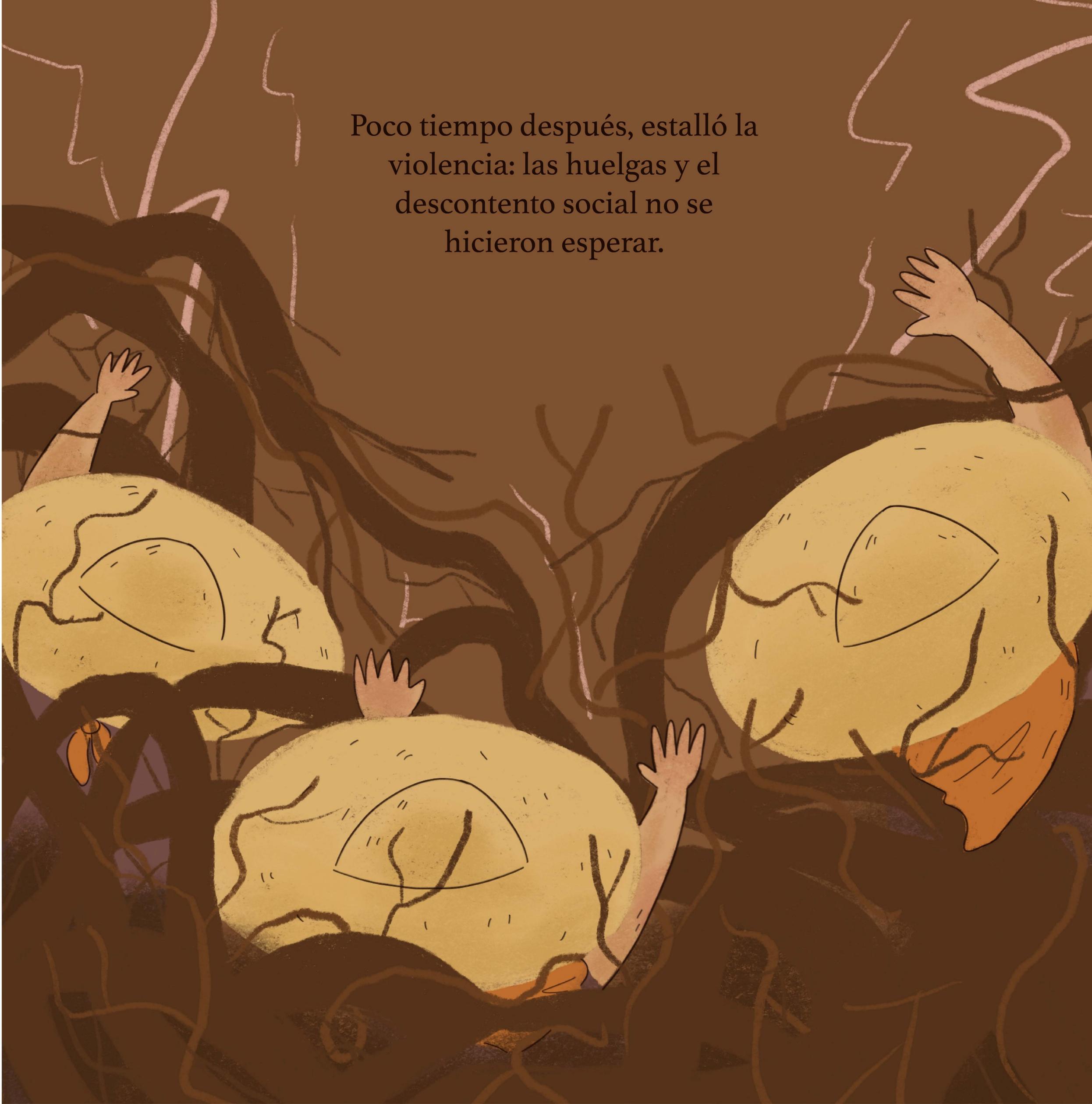
Así pasaron los días, las semanas,
los meses y el agua jamás llegó.
Nadie en la siembra pudo cultivar.



Llegó el brete de la producción de café y los latifundistas cafetaleros, dueños de las plantaciones del país se negaron a acoger a los cafeteros ante la crisis, a pesar de las incalculables ganancias obtenidas por la venta del grano.



Poco tiempo después, estalló la
violencia: las huelgas y el
descontento social no se
hicieron esperar.



Los dueños de las haciendas, ante el temor de sufrir una expropiación, mandaron a su policía privada para aniquilar a los cafeteros entre los cafetales bajo la consigna de no dejar ni la semilla.



La sangre a caudales
abonó la tierra,



**y a partir de ese día,
la piel del café se
tornó roja y el sabor
del grano se amargó.**